



Cosechando agua

Las nubes se elevaban oscuras y densas. Un año más el Monzón parecía listo para hacer su aparición. Se estaban colocando las últimas piedras del dique de contención cuando el cielo comenzó a descargar toda la lluvia que portaba. Bajo torrentes de agua, las personas que se encontraban trabajando llegaron corriendo a sus casas, empapadas pero muy contentas.

Llovió durante casi dos semanas, sin apenas interrupción. ¿Acaso ansiaba la Madre Naturaleza desbordar los diques y zanjas que con tanta esperanza habíamos construido? ¿O es que se había empeñado en derribar los obstáculos que habíamos dispuesto en el camino de las impetuosas aguas? Continuamos esperando, con una mezcla de miedo y de regocijo. Regocijo por la llegada de las lluvias, y miedo porque el arduo trabajo realizado por cientos de hombres y mujeres bajo el calor y el polvo de los meses de verano podía desaparecer en un momento sin dejar rastro.

Cuando la lluvia amainó nos apresuramos a observar sus efectos. Las zanjas se encontraban llenas hasta el borde y los diques de contención a punto de desbordarse, pero el agua no había conseguido abrirse camino. Habían resistido una dura prueba, pero sin romperse.

La colina del Nido de Águila

Las personas mayores recuerdan los tiempos en los que la colina del Nido del Águila era un denso bosque. Los animales salvajes vagaban libres, incluso durante el día. Pero un día, gentes venidas de fuera empezaron a llegar y cortaron todos los árboles para obtener madera. La población adivasi (población indígena) ocupó estos terrenos libres para incrementar sus cultivos. Muy pronto, las colinas se tornaron baldías y las llanuras se convirtieron en campos sin vida.

La lluvia llegaba con cada Monzón, pero ante la falta de árboles el agua bajaba la colina de forma torrencial, llevándose consigo las capas más fértiles de la tierra. Los árboles fueron sustituidos por piedras y rocas, y el bosque dejó paso a un inhóspito y estéril paisaje. Los arroyos se vieron reducidos a apenas un hilo de agua y los pozos de irrigación se secaron completamente antes del verano. Incluso las lluvias empezaron a escasear. El espectro de la sequía hizo su aparición, dando comienzo al hambre y a las migraciones estacionarias.

Desde la Misión de Mandal se decidió dar una respuesta a esta espiral de sequía, desertificación y miseria. Por lo tanto, decidimos empezar a desandar los pasos que nos habían conducido a esta desoladora situación.

“Operación recuperación”

En primer lugar, decidimos recoger y conservar cada gota de agua que cayera del cielo. Se eligieron seis poblaciones de los alrededores de la colina del Nido de Águilas para llevar a cabo la “operación recuperación”. La población de la zona fue parte de este proceso de destrucción, por lo que resultaba adecuado que fueran estas personas las que se involucraran directamente en revertir el proceso.

El Gobierno indio había tratado de impulsar proyectos de este tipo con anterioridad. Pero se trataba de iniciativas que provenían del exterior y que contaban con muy poca participación de las personas a las que iba dirigidas. Se construyeron algunos diques de contención, pero su diseño era un tanto dudoso y al final resultaron ser bastante endebles. La gente ni participó en el



ALBOAN

proceso de construcción de los diques ni comprendió su lógica, por lo que al poco tiempo estos proyectos fueron dejados de lado.

Comprendimos que ningún proyecto de este tipo podría funcionar a menos que las personas involucradas tuvieran conciencia de la visión global del proyecto, y que entendieran qué suponía regenerar la Madre Tierra, su propio papel en este proceso y qué efectos podría tener esta transformación en sus vidas.

No fue una tarea fácil, puesto que los anteriores fracasos del Gobierno crearon un mal precedente. Se realizó un completo estudio del área y con la ayuda de un competente y entusiasta ingeniero adivasi, con largos años de experiencia en el campo, se diseñó un proyecto de gestión de cuencas hídricas.

Los grupos de trabajo

A pesar del calor del verano, se llevaron a cabo reuniones entre los hombres y mujeres de las seis poblaciones. El proyecto fue científicamente explicado, mediante gráficos, carteles y programas de video. Se acompañó también a algunas personas a la lejana Ahmednagar, en el Estado vecino, para que pudieran comprobar por sí mismas las transformaciones que se habían logrado gracias otros proyectos similares. Las tierras, antes baldías, se habían vuelto verdes y fértiles. Las personas, que antes padecían hambre y se encontraban obligadas a migrar en busca de trabajo, trabajaban ahora sus propias tierras y obtenían dos o tres cosechas al año.

Una vez que la visión y el diseño del proyecto fueron entendidos, se estableció un plan de trabajo conjunto que contemplaba la participación de la población a todos los niveles. Cada población estableció, mediante votación, su propio comité de agua. Se cavaron miles de zanjas en los alrededores de la colina y se construyeron una docena de diques de contención en lugares estratégicamente elegidos de acuerdo al terreno y al curso del agua. Se realizaron miles de hoyos para plantar árboles una vez comenzaran las lluvias.

Diferentes objetivos

Los objetivos materiales del proyecto estaban claros: recoger agua y retenerla para incrementar su filtrado, reducir o eliminar la erosión del suelo, recargar los pozos, y reforestar y asegurar la conservación ecológica de la zona. La gente consiguió así que sus campos mejoraran, sus pozos se llenaran de agua y sus bosques revivieran. Pero también se consiguieron otros objetivos, igual de importantes: la recuperación de la tradición adivasi de la gestión comunitaria participativa y basada en el consenso, y un mayor control de su entorno, gracias a un conocimiento más científico.

Para poder llevar a cabo este proyecto contamos desde el principio con el apoyo de ALBOAN, aunque también tuvimos que hacer frente a algunas dificultades, como la falta de tiempo o la apatía de algunas personas y el egoísmo de otras.

Al final, la sedienta colina acabó por beberse toda el agua acumulada. Pero el agua permanece ahí, bajo tierra. Los pozos siguen llenos, los campos están verdes y de las lomas de la colina empiezan a brotar árboles. Todavía queda un largo camino, pero cada vez estamos más cerca de nuestro sueño: que vuelvan los exuberantes y verdes bosques de antaño, que podamos volver escuchar el canto de los pájaros y que el pueblo adivasi sea capaz de vivir de sus tierras, en armonía con la naturaleza.

P.C.Kishore